

Murcia: Un mes. UNA peseta.

Resto de España un trimestre 3.50 Id.

Precio de la venta

5 céntimos ejemplar y 25. 75 céntimos

REDACCION Y OFICINA:

SELGAS, 4.-MURCIA

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES A LOS PRECIOS SIGUIENTES

EN LA CORRESPONDENCIA Y CROS

DEBEN DIRIGIRSE

Al Director Gerente

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Año II

MURCIA.-Viernes 12 de Julio de 1907

Núm. 269

Lo de La Haya

Tranquilamente, con la quietud de lo que no molesta, prosiguen las sesiones de Congreso de La Haya. La nerviosidad que otros años demostraron los representantes de las naciones que asisten, por esta vez se ha perdido, viéndose a los congresistas en el pleno disfrute de su tranquilidad. Mejor que de otra manera puede calificarse la conducta de los que asisten a la Conferencia de indiferente. Lo menos que podía suponerse que existiera en una reunión de hombres importantes, amor a los ideales que los reúne, no aparece por parte alguna, notándose en todos un desamor grandísimo, que sólo se puede comparar a las pocas, pocas, pocas que tienen de llegar a un acuerdo. Virtualmente, para los efectos que se desean, el Congreso de La Haya está muerto, completamente muerto; y lo malo no es eso, sino que con su muerte, quizás, producirá algún disgusto entre naciones europeas, poniéndolas frente a frente.

En la conducta de los representantes de algunas potencias se ha visto con entera claridad las pocas simpatías que va poseyendo el Tribunal creado en un rato de humanitarismo altruista, tribunal que hoy día no representa nada para nadie y que dentro de poco constituirá un gran estorbo para todos, incluso para la nación que lo creó. Los grandes empréstitos que se han hecho últimamente y las modificaciones esenciales en la Marina y en los Ejércitos demuestran de manera palpable que, excepto de ideas pacifistas, de todo hay en el universo, no recordando nadie que el Congreso ese, al cual asisten todas las naciones y sostiene la necesidad de vivir sin guerras, puede convertirse en el gran lazo de paz que una a medio mundo. En el siglo se ve un medio de conocer los ánimos guerreros de cada país y de explorar su situación económica frente a una guerra posible.

De las naciones que más bullen en lo del Congreso tenemos en primer lugar a los Estados Unidos, alma y vida de la reunión. Pues bien, ¿qué hacen los Estados Unidos? No hay que molestarse mucho en verlo. Mientras las sesiones del Tribunal se deslizan frías y monótonas, hablando de la paz como necesidad mundial, ellos se preparan formidablemente, redoblando sus construcciones navales y dotando a sus tropas de armamento inmejorable, a la par que hacen ir al Pacífico a una de sus escuadras, que no tendrá más remedio dentro de poco que hallarse frente a frente de la japonesa y quien sabe si dilucidar a fuerza de cañonazos el derecho que asiste al Japón cuando no quiere que vaya a aquel Océano ninguna armada Europea.

El Congreso de La Haya ha fracasado hasta aquí y fracasará siempre porque sus esfuerzos se han encaminado por mal sitio. En vez de querer modificar a las personas hay que variar las costumbres, porque éstas son las que hacen a aquellas. Si no se efectúa así, cada Congreso estará marcado en su final por un hecho inhumano: con una guerra. Si la vez aquella fué Rusia, ahora le tocará a Norte-América. La experiencia lo va demostrando así. En la reunión de la paz, más que de otra cosa, se trata de conocer la fuerza moral del adversario, y así que se conoce...

PLUMAZOS

El gran Preboste...

Era necesario, imprescindible deslindar los campos para saber cada uno a qué atenerse, ante la teoría inauditamente rara y peregrina y la lógica abrumadora del prebostazgo de la prensa madrileña conocida con el nombre o calificativo de *trust*. La ingeniosa y no por ingeniosa menos estupenda filosofía de «El Imparcial» con respecto a los periodistas, supone algo a modo de ley por la cual han de regirse los que viven del jugo de su cerebro. De aquí en adelante, lo que se le ha reconocido a todo obrero, reforzado convenientemente por una ley sabia, se le niega a los periodistas, que por lo que se ve y según «El Imparcial» vienen a rematar la clase de parias.

Y todo por un quitame allá ese ilustre! Causas y afectos, a la verdad, no previstos por la moderna sociología! El contraste no puede ser más amargo. Mientras hombres de talento, discretos o sencillamente distin-

guidos ponen sus estudios y sus ideas, sin distinción de matices, en la reivindicación de la clase obrera, logrando para ella poco a poco admirables concepciones, alentándose el pensamiento de afianzarle un porvenir menos cruel y más humano de lo que es hoy, esos mismos hombres establecen el proletariado del periodismo sobre bases absolutas, feudales, que no reconocen ni siquiera la libertad de pensar, de escribir y de cambiar de opiniones. Desde hoy, y según las sabias leyes de los periódicos regeneradores que componen el *trust*, los periodistas deben ser a la manera de perros, que sepan humillarse y lamer la mano después de recibir una gran tunda; aunque cambien de dueño al collar, guardarle la misma fidelidad al amo anterior; no cobrar nunca su trabajo hasta que el señor no le arroje los ochavos; guardarse la sinceridad y sus ideas y no llamar distinguido a un Excelente Sr. periodista.

Y todavía dice que fué abolida la esclavitud! La de los negros quizás y la de los coolies; pero la de los blancos, según el gran Preboste de la prensa madrileña; subsiste y subsistirá... dicho sea en honor al *trust*, famoso como los molinos de viento que a D. Quijote se le antojaban feros y descomunales gigantes...

NAZARIN.

PAISAJES

LA SIESTA

Desde el hombre a la mosca todo se enerva la culebra se enrosca bajo la hierba

Zorrilla

«Son las tres de la tarde...» La calle, estrecha y larga, está soñolienta; de vez en cuando rompe el silencio de plomo de la urbe muerta, el tintineo metálico de un tranvía. El cielo es de un azul líquido y transparente, tan luminoso, que el exceso de luz causa vértigos. Un halo abrasador, a modo de vaho de incendio sube de las soleadas aceras, como de un horno. Desde mi grato refugio, bajo la persiana verde, veo a mi canario zambullirse en su baño con alborozado aleteo y oigo el piano de Juana, mi vecina, que arrastra con indolente ritmo las notas lánguidas de un vals de estío: «L'Amour qui passe». ¡Ay! al influjo evocador de ese título cierro los ojos y veo a la rubia pianista en su fresco *des-habillé*: balita blanca, jazmines en el pecho, encajes en las amplias mangas, rizillos revoltosos líricamente despeinados, gotitas de sudor en las sienas...

Pero ¡bah! mi romántica vecina con sus ojos brillantes y su boquita sensual de labios gruesos es una evocación demasiado inflamada; dejémosla con sus vals boston y pensemos en algo más fresco... ¿En qué, Dios mío, en qué? ¿En la política? ¿En lo cómodo y *chic* que sería ir vestido como la verdad? ¿En la sombra azulada de un emparrado huertano...?

Ea, preparemos la butaca aquí, junto al balcón, venga el abanico, ahora el botijo...

Allá abajo, en los árboles tísicos de la plazuela hay un concierto monolono de éxitos de insectos... Un sopor enervante cierra mis párpados... Van a dar los tres... Olvidemos esta siesta de Julio en la que

«Desde el hombre a la mosca todo se enerva»

y mientras acariciamos el botijo, cerremos los ojos y rompamos las cadenas invisibles de la fantasía.

Figúrate lector amable y caluroso que son las siete de la tarde y estamos sentados bajo una frondosa parra: sus añosos brazos retorcidos, formando madejas, suben en espiral y se enlazan, enredan y trenzan como negruzcas sierpes; en el centro, colgada de toco gaacho, una labrada y monumental jarra, rezumante y fresca, ornada de picos, dibujos, bendiduras y arabescos, espera la caricia de unos labios sedientos. Aquí y allá, entre instrumentos de labranza y haces de yerba recién segada, picotean los pájaros. Más acá una huertanica de claros ojos, y abultado seno, con grandes arracadas en las orejas, oxea las gallinas, moviendo a modo de aspas de molino los desnudos brazos. Enfrente, por un claro entre las cañas se descubre el río: sus ondas manasas y dulces se deslizan como en un lecho de seda; en un recodo, un rayo de sol, con artera lumbrer enciende las aguas que centellean de ira, y una lluvia de chispas doradas rompe el líquido cristal, refulgiendo como las escorias inflamadas del hierro en el yunque. Empieza el crepúsculo largo y pensativo: el sol pinta

con sus últimos fuegos rojos el cielo y lo impregna de una solemnidad espiritual; allá, a lo lejos, las cimas de las sierras coronadas de llamas y monstruos de púrpura, llenan en su trágica grandeza; algo de santuario y algo de Sinaí...

De improviso, espantando a los gorriones surge una voz avinagrada que llega del cercano soto; su copia, muy lenta, se balancea en el aire, acompañada por el susurro de las cañas:

¡Cuándo querrá la Virgen de la Fuensanta que tu ropa y la mía duerman en un arca!

Un zumbón mosquito con su agujón leve, me ha vuelto a la realidad. ¡Que efímeras son ¡ay! las venturas de la siesta!

Ha callado el piano de Juana, mi vecina; el canario se sacude las alas mojadas y la calle duerme, silenciosa, bajo el fuego del sol.

Acaban de dar las tres: la atmósfera arrastra de vez en cuando así como alientos y vapores de hoguera.

Evoquemos de nuevo la fresca parra y la jarra labrada...

ENRIQUE MARTÍ

Crónica

El «Vivillo» en Francia

Un periodista francés, amable y muy simpático, M. Jules Causse, se ha sentido pesados de que el renombre de nuestra más legítima gloria nacional, el «Vivillo», no franquee los Pirineos. Y como en España no hay cosa más interesante que los bandidos, les dedica un sabroso trabajo en *La Revue*. Paris no conoce al último héroe español, y, por tanto, *il convient de réparer cette injustice et de faire connaître «Vivillo» à ce qu'on nomme le grand public*. Mr. Jules Causse hace bien y nos favorece mucho. El día en que no tengamos bandoleros, mujeres apelinosas y corridas de toros, España habrá dejado de existir para los franceses. Congratulémonos de que aún se acuerden de nuestras grandes maravillas.

El escritor francés, que por serlo se halla forzado a ver aquí algo que nadie viera, advierte a sus compatriotas que el nombre de «Vivillo» es sólo un remoquete, cual lo usa todo andaluz que se estima en algo. De ahí se deduce, pues, que la mayoría de los andaluces no se tienen en aprecio, ya que no llevan apodo. Y, menos mal que M. Causse no tuvo tiempo de observar que nadie se cree viril en Andalucía en tanto acoge a uno o dos individuos... A trueque de tal inadvertencia, dice que los vecinos de Estepa tributan «verdadero culto a los bandidos auténticos, a quienes han bautizado con el delicioso eufemismo de *artistas*». He ahí por donde un oscuro aldeorrio enaltece las teorías de Quincey, y despoja al latrocinio de su aspecto desagradable, sublimándolo a las alturas del arte y revistiéndolo de exquisitas y aristocráticas sutilezas. El glorioso novelista gallo, que visitó el arsenal de Granada; el admirable filósofo, que nos enteró de que *tout espagnol qui n'est pas enrhumé ne saurait passer par galant*, deben gemir de envidia en el otro mundo, por no haberse adelantado a hacer este descubrimiento.

El «Vivillo» es de Estepa. El Sr. Causse quiere que el gran mundo conozca al venturoso pueblo que vio nacer al más esforzado de los españoles modernos, al que comparte con «Violeta» y con Grandmontagne la curiosidad pública. Y, tras de referir la historia de la antigua ciudad libre Astapa, describe el refugio de facinerosos, el nido de aves de presa actual, que, gracias a la insigne memoria del preclaro saltador Juan Caballero, resulta «sagrada para los robadores de las carreteras». Hace luego justicia a la constancia sentimental de los nobles hijos de Estepa. «En la iglesia mayor, la imagen de la Virgen de los Remedios, patrona de la localidad, ostenta siempre la cadena y el medallón de oro, donativo de Juan Caballero, y que es su más preciosa alhaja. Este extraño *exvoto* es tanto más venerado de los fieles cuanto que constituye el signo visible de la protección que el famoso bandido extendió sobre ellos, así cual sus antepasados y descendientes.»

Un hijo de pueblo tan admirable, debe ser virtuoso. En efecto. El «Vivillo» es respetable jefe de familia, buen padre y excelente esposo. Escasean tanto los hombres honrados poseedores de semejante méritos, que bien puede perdonarse a este buen ciudadano que tenga alguna mácula. La perfección suprema es inasequible. A más, todo ese cúmulo de buenas cualidades permite sospechar que, con el tiempo, parará el «Vivillo» en burgués muy estimable. Acaso posea ya papel del Estado y estudie algún proyecto de represión del bandolerismo para cuando se halle en condiciones de aplicarlo...

Desde el momento en que la opinión pública le despoja del título de facineroso para darle el de artista, el «Vivillo» está más allá del bien y del mal. Es irresponsable. Y por sí no lo fuese en las necesarias proporciones, el Sr. Causse nos demuestra, en cierto modo, la irresponsabilidad del superhombre de la rapsodia, haciéndonos ver que un hijo de Estepa no puede ser sino ladrón: «Ciertamente escrito oficial señala, tocante a esto, un curioso detalle. Los alumnos de la Doctrina cristiana, cuando recitan el Decálogo, prescinden casi siempre, arrastrados por la fuerza del instinto, del séptimo de los mandatos divinos: No hurtarás... ¿Qué pudo hacer el «Vivillo» en tal medio ambiente? En Córdoba hubiera sido matador de toros. En Murcia, matón solamente. En Galicia, porteador de baúles... En Estepa, fué bandido. Acaso su nodriza, una viejezuela apergaminada y maliciosa, le llevó a las linde del país del Arte, refiriéndole poéticos amores de un Lohengrin de trabuco y calañés y de un Elsa montaraz. Tal vez su padre, un mozallón celtrino y bien barbado, le hizo aprender de coro las altas proezas de nuestras grandes figuras históricas: José María, Frasco Antonio, Melgares... Y su madre, una moctona práctica, le enseñó cómo los hombres sólo medran siendo frailes, bandidos o toreros. ¿Qué pudo hacer el «Vivillo»?

La romántica personalidad del bandolero andaluz ha recibido ya la consagración parisiense. Paris, celosa de sus prestigios, no admite la caída de ninguna reputación no consagrada por ella. Desde hoy, el «Vivillo» no es nuestro: es universal. La sutil pluma del Sr. Causse, al pintarlo inteligente, bondadoso, bizarro, amante de los puros goces familiares, fiel a su compañera, nos lo roba para siempre. ¡Y quién sabrá... Quizás en un perfumado *boudoir* haya una gentil neurasténica que sueña con los amores de este honorable mozo, que, salvo por lo de reducir a nueve los Mandamientos, pudiera ser canonizado... Y, al saber que la familia del último héroe español goza de la estima general y frecuente la mejor sociedad, es muy posible que alguna melancólica casada sueñe con remedar para con el «Vivillo» las proezas de Mme. Du Gast con el bandido africano... Alegrémonos. Los artistas españoles no mueren, desconocidos, en la pobre España.

AUGUSTO DE VIVERO.

Información especial

EL SISTEMA PREVENTIVO Y LA LIBERTAD DE TRABAJAR

Aunque el sistema preventivo ha sido tan impugnado por las escuelas liberales en pueblos modernos, regidos liberalmente no deja de reconocerse a lo mejor que tiene sus ventajas.

No hace mucho, en pleno París, el prefecto pronunciaba un discurso científico sobre las virtudes de la policía preventiva, y el bueno del señor no ha parado hasta que ha hecho una demostración práctica, aplicando la teoría en ocasión oportuna.

Esta aplicación realizada por el honorable prefecto M. Lépine, se ha llevado a efecto no así como quiera y sobre un pobrete, como si dijéramos «in anima vili» en un malhechor animado de siniestros designios, nada de eso, la ha realizado en un príncipe, el cual principia para ganarse la vida poniendo a contribución sus conocimientos musicales.

Casi está dicho con ello que se trata del ya famoso príncipe de Broglie (Roberto de) que se dió a conocer hace algún tiempo con la publicación de unas Memorias bastante ridículas, dicho sea sin ofenderle y en honor de la verdad. Ya se recordará que este mismo señor en compañía de su esposa, también consagrada a la música, fué silbado en Roma durante un concierto.

Poco Roberto de Broglie se encuentra privado desde hace ya tiempo de la pensión paterna a consecuencia de una pelotera sostenida con su progenitor, y para ganar-

se la vida recorre el mundo ejerciendo la profesión de director de orquesta.

No hay para qué meternos a huronear en estas diferencias entre padre e hijo, que al fin y al cabo tienen el carácter de intimidades de familia pero nada nos prohíbe decir y reconocer que el príncipe es muy bueno y virtuoso, por cuanto que otros en su caso a lo que se dedican a hacer «cantar» y aún bailar en la cuerda floja; y este joven se limita a hacer que canten algunas señoritas o señoras en los «music-halls» que hay por esos mundos.

El príncipe se había comprometido a dirigir la orquesta de un café concierto de París, y el prefecto de policía se lo impidió «preventivamente», en previsión del escándalo que podrían ocasionar el espectáculo de un noble, de un príncipe francés nada menos, manejando la batuta de un café. Seguramente que todo el barrio habría hecho, pues parece que así lo atisbó la policía, una manifestación ruidosa y contraria al joven príncipe, que nacido de un príncipe, se permitía atender a sus necesidades trabajando honradamente.

Porque en Francia serán todos muy republicanos, pero eso de las aristocracias los preocupa vivamente ¡Oh los príncipes! ¡Oh, los condes! ¡Oh «les décorés»! Y a pesar de tanto republicanismo, ese respeto ya tradicional por la aristocracia, es probable que hubiera excitado en las gentes del barrio donde está el «Café concert», futuro teatro de los futuros triunfos del príncipe Roberto de Broglie, el deseo de una manifestación pacífica de patatacos, y no sería la primera, sobre tan ilustre persona; y vaya usted a evitar después de comenzado un jaleo de esa especie.

Y aquí del sistema preventivo, No siguiéndole, lo lógico, lo usual, hubiera sido reprimir el escandalazo cuando hubiera de intervenir la policía con sus prohibiciones gubernativas hasta que el hecho perturbador se hubiera desarrollado, porque es un poco fuerte y singular, dentro del sistema liberal, que un funcionario republicano se haya dirigido al joven director de orquesta en la siguientes ó parecidas palabras:

«Señor, nobleza obliga, y hacéis una cosa indigna de vuestra alcurnia trabajando para ganarnos el sustento.

La respuestas esa obría.

«Y ¿a usted que le importa, ni quien le mente en nobiliarismo de once varas y media?»

Pero no. El prefecto se dió arte para que el dueño del café rescindiera el contrato y esto sabido, ha causado una nube de elogios en los periódicos conservadores sobre el prefecto, por su prudencia y su tacto en realidad porque ha librado a la aristocracia de un espectáculo que la hubiera mortificado mucho, de la humillación en uno de sus miembros y de los comentarios de la prensa maleante.

La consecuencia es un poco de solar para los liberales puristas, ni en plena República, y ésta francesa, es reparada la libertad de ganarse los garbanitos, una de las libertades imprescindibles.

¡Oh impurezas de la realidad!

X.

CARTAGENA

En vías de solución

Las gestiones hechas por nuestros representantes en Cortes, secundando la voz del pueblo, y la visita del ministro de Marina a esta ciudad, van dando resultados al parecer satisfactorios, según las últimas noticias que comunican de Madrid los telegramas recibidos esta tarde, que me complazo en reproducir.

Dichos telegramas que anuncian la casi solución del conflicto por que atraviesa esta Maestranza, dicen así:

Presidente Consejo Ministros a Alcalde

«Consejo de Ministro oyó informes ya coadjó propuestas Ministro Marina, las cuales si las Cortes autorizan permitirán ejecución obras pendientes en los venideros meses.»

A. D. José Maestre.

«Acordado Consejo presentar crédito.»

ALIX

«Cortes resolverán rápido y favorablemente, concesión créditos para Arsenal Cartagena.»

TOMAS MAESTRE

Cartagena pues, está de enhora La alegría es general en todos, parti-

